

Corrida de toros en el altipampa como espacio de reconocimiento social

Bullfight in the altipampa as a space for social recognition

LUIS ERNESTO MURGUÍA SÁNCHEZ¹
Pontificia Universidad Católica del Perú PUCP
huallata2002@yahoo.es

Recibido: 17 de julio de 2020

Aceptado: 20 de septiembre de 2020

Resumen

El propósito del presente es emprender una aproximación al fasto taurino en el altiplano puneño; presta atención a las transformaciones de la corrida de toros desde su implantación en Lima Virreinal, extensión en el espacio andino e instauración en el altiplano, en particular en Ayaviri, el cual expresa la tradición taurina con arraigo popular. La primera sección presenta los términos en que las teorías explican el fenómeno taurino, seguido del carácter que adquiere en Latinoamérica, cómo se implanta en el periodo colonial, el curso y evolución que sigue, y finalmente la reinención y asimilación en el espacio andino, dando lugar a una de las mayores y significativas creaciones culturales. Toro puqllay: jugando con los toros.

Palabras clave: toros, lidia, fiesta, indígena, Colonia

Abstract

The purpose of the present article is to undertake an approach to bullfighting in the highlands of Puno; pays attention to the transformations of the bullfight since its implantation in Viceregal Lima, extension in the Andean space and establishment in the highlands, particularly in Ayaviri, which expresses the bullfighting tradition with popular roots. The first section presents the terms in which the theories explain the bullfighting phenomenon, followed by the character it acquires in Latin America, how it is implanted in the colonial period, the course and evolution that it follows, and finally the reinvention and assimilation in the Andean space, giving place to one of the largest and most significant cultural creations. Puqllay bull: playing with the bulls.

Keywords: bullfight, fight, festival, indigenous, Colonia.

¹ Dr. Magister en Antropología por la Pontificia Universidad Católica del Perú PUCP, formado en Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa UNSA, estudios en Universidad ESAN, UNESCO - CRESPIAL, Instituto de Gobierno y Gestión Pública de la Universidad San Martín de Porres. Docente universitario. con experiencia en trabajo de campo, etnografía, ecología, construcciones socio culturales, tradición oral, ritualidad, simbolismo.

Introducción

El presente estudio aborda la corrida de toros o Toro Puqllay: jugando con los toros, en Ayaviri, capital ganadera del Perú, el cual se halla enclavado en el Altipampa puneño. Tiene por objeto describir los términos de cómo el pueblo indígena logra encarnar, asimilar y resignificar el fasto taurino hasta convertirlo en una de las mayores tradiciones populares. En seguida hace evidente el curso evolutivo y las transformaciones de la corrida de toros desde su implantación hasta el presente. El emprendimiento otorga privilegio a la creación popular taurina a partir de fuentes etnohistóricas y observaciones de campo, luego enmarca la descripción en el realismo etnográfico y la interpretación.

El fenómeno taurino en los andes tiene como medio al fasto patronal; en esta confluencia constituye un espacio de identificación, diferenciación y representación simbólica de sí misma, lo cual permite soldar arraigadas solidaridades, diluir distancias sociales y a la vez profundizar las diferencias. Finalmente, en este curso los grupos sociales que coparticipan hallan equilibrios transitorios y permanentes que hacen posible la permanencia de las colectividades en el tiempo.

Las corridas de toros en los andes son herencia indiscutible de la corrida de toros española; desde un inicio fueron objeto de juego, es decir, se juegan y corren.

La idea seminal de la corrida está relacionada con el correr, según los diccionarios más tempranos de Lebrija (1492), los primeros usos de la palabra corrida están referidos a “cursus”, correr, además, señala diferencias sociales entre “corridas” y “corridas”; añade que correr toros es fiesta antiquísima y muy celebrada en España, cuyo regocijo consiste en lidiar toros en las plazas a caballo, con vara larga o rejón, y también a pie se les hacen suertes con la capa, lienzo u otra cosa semejante, o poniéndoles banderillas o garrochas (Caro, 1984).

Las teorías sobre el origen de la corrida moderna se basan en la costumbre aristocrática; llegado el siglo XVIII los nobles se desinteresaron, dejando el campo abierto al toreo a pie de los plebeyos; dicho de otra forma, fue un festival de la nobleza que se convirtió en un espectáculo accesible y explotable para todo el mundo.

Para el gran poeta Federico García Lorca, Antonio Machado, Julián Pitt-Rivers, José Ortega y Gasset, la corrida de toros es la puesta en escena pública y solemne de la victoria de la virtud sobre los bajos intereses, la superioridad del espíritu sobre la materia, de la inteligencia sobre el instinto y una mirada a la identidad y el carácter español. (Shubert, 2002).

La antropología y la psicología interpretan la corrida de toros como una confrontación entre la naturaleza y la cultura, se desarrolla de un modo estilizado y ritualizado, como el modelo de las relaciones de género, declaración de intenciones con respecto al honor, lo femenino, lo masculino, la sexualidad.

Desde tiempo temprano, la corrida de toros guarda estrecha relación con las élites, pero nunca fueron monopolio de los grupos hegemónicos; esta permite ingresar a nuevos estamentos, acontecimientos religiosos, canonización, congregaciones, aniversario de universidades, graduaciones, bodas, en suma, el toreo moderno tal como se conoce hoy en día, surgió de la confluencia de las dos culturas: la popular y la elitista.

El festejo taurino también tuvo detractores, provenientes de los sectores ilustrados, liberales, de clase media educada, quienes consideraban que los toros formaban parte de la frivolidad, eran algo cobarde y brutal, constituían un rechazo al mundo moderno. Más adelante, a raíz de la presencia cortesana, en el siglo XVIII los toros se convirtieron en un espectáculo, en una forma de entretenimiento comercial de masas, en otros términos, una industria cultural.

Los estudiosos del fenómeno taurino, Cossio: (1951), establecen una clara distinción entre las corridas de toros como espectáculo, con reglas, secuencias preestablecidas en la lidia, rito, número de toros, orden de lidia, categoría de los participantes, matadores con alternativa; y las fiestas de toros o fiestas taurinas, acompañadas de suertes y toda clase de invenciones, caracterizadas por la

improvisación y la ausencia de reglas para el toreo.

En España moderna, lo taurino sigue siendo un evento de primera importancia cultural, existe una fuerte cobertura de los medios de comunicación que rodea a los toros y sus protagonistas. Esto ha fortalecido a la corrida de toros que está presente en la vida cotidiana, literatura, moda, televisión, documentales, hasta show cómicos, constituyéndose en una importante vía de comunicación que genera una compleja y aún flexible elaboración cultural alrededor de la fiesta, desde características iconográficas a un lenguaje especializado. Al mismo tiempo, se fortalecieron los movimientos antitaurinos, conformados por quienes no se ven representados en la fiesta nacional.

El toreo español en el viejo mundo trascendió fronteras; Portugal, Francia y otros. En estos países los sectores ilustrados ligados al poder impusieron nuevas pautas: no dar muerte al toro, cortar las puntas de los cuernos del toro, entrelazaron estrechamente las costumbres con las conmemoraciones religiosas, otorgando una personalidad propia (Bouroncle, 2000).

En el caso de Francia, el toreo se localizó al sur de su territorio. No se practicaba la muerte del toro, se hizo visible la movilización de recursos económicos, sociales, las disputas entre el poder religioso y la autoridad civil en relación con la prohibición y regulación de la fiesta brava. La corrida francesa logró un estatuto singular, imprimió sus empeños en la presentación, representación estética, privilegió el placer como expresión acabada e inequívoca del ser humano.

En Latinoamérica, México constituye uno de los importantes escenarios donde florecieron los hábitos y costumbres ibéricas. Cossío (1951) anota que ni bien llegado los toros a las américas, aproximadamente el año 1528 en el que se burlaron toros, los indígenas pasaron a formar parte del paisaje taurino, concitando la adherencia de los sectores populares.

Los cabildos desde un inicio fueron los mayores aliados y promotores del festejo taurino, denotando una estrecha relación entre el poder y la fiesta de toros; las autoridades aparecen entre los promotores de la fiesta, otorgan el soporte institucional y normativo para la importación de toros, promueven el surgimiento de haciendas ganaderas y que florezca la insurgencia empresarial ganadera.

En Colombia y Venezuela la tradición por la fiesta de toros responde a las reminiscencias de las costumbres españolas y la existencia del empresariado ganadero, quienes son poseedores de extensas haciendas ganaderas. México, Colombia y Venezuela en la actualidad mantienen vivo contacto con la realidad taurina peruana y andina a través de la presencia de toreros y toros en la arena taurina local.

Las interpretaciones contemporáneas van mas allá del papel de la corrida de toros. Bouroncle (2000) presenta un acercamiento antropológico a lo taurino y su relación con la creación de España, el papel del discurso como decisivo en la construcción y negociación del poder, las contradicciones generadas en la creación y generación de los discursos políticos, los efectos que producen en la realidad política, la expresión y la dinámica de la negociación simbólica. La aproximación pretende tener una mejor visión de la complejidad del mundo de los toros y del toreo, que es la llave ideal para entender España; los conceptos de honor, género, matrimonio y parentesco, pilares del orden de la vida social mediterránea.

Implantación y evolución de la corrida de toros en los Andes

Las corridas de toros desde sus inicios estuvo vinculado a las celebraciones religiosas (fiestas patronales), luego se extendieron a lo largo del territorio andino desde el epicentro, Lima virreinal. La más importante gala se verificó en Lima, según tesis corregida por Ricardo Palma y admitida por Calmell, el 29 de marzo de 1540, el segundo día de Pascua de Resurrección de la fiesta de Epifanía, para celebrar la consagración de óleos hecha por el obispo fray Vicente Valverde. (Calmell, 1936), (Mendiburu, 1959). El hecho se dio en la Plaza de Armas de la ciudad de los Reyes, donde el

Marqués, Francisco Pizarro, a los sesenta y dos años de edad, como Capitán General y adelantado de los reinos del Perú y Chile, rejoneó y mató tres toretes de Maranga, matando el segundo de ellos a rejonazos. (Calmell, 1936), (Menbiburú, 1959), (Goicoheá, 1966), (Montoya, 1987).

La fiesta de los toros fue introducida como una de las novedosas diversiones de conquistadores, las primeras lidias se hicieron en la plaza mayor, con motivo de acontecimientos memorables, en honor a santos patrones, imágenes marianas, beatificaciones, jura del Rey, nacimiento de un Príncipe, matrimonios de la realeza, entrada del nuevo Virrey, Arzobispo, y al recibir el grado de doctor de la Universidad de San Marcos, además de otras ordinarias dispuestas por el cabildo. (Atanasio, 1959), (Menbiburú, 1959).

Desde los inicios del período colonial la población mostró una afición acentuada por la lidia, en las capeas hallaron una de las mayores diversiones que logró cautivar y extenderse a todos los sectores de la pirámide social, el Virrey, los frailes, los clérigos, hasta el común de las gentes. No obstante, existieron detractores; el segundo Concilio Limense en 1567 prohibió la corrida de toros entre los naturales, por constituir uno de los pretextos socorridos para dejar de concurrir a misa en los días de precepto (López, 2000). “Llegado el año de 1559 en la ciudad de Lima se fija la primera temporada regular de toros, ellas indican las fechas y fiestas en las cuáles se podían celebrar corridas” (Muñoz, 1984).

“La plaza de toros de Acho se inaugura en 1766”. (Mendiburu, 1959), (Miroquesada, 2000), (Del Busto, 2000). Desde un inicio se corrieron todas las sangres; “la fiesta brava debe mucho a los diestros de ébano; en efecto, fue el torero negro José Pizi quien toreó y estoqueó el primer toro en la inauguración de la Plaza de Acho la tarde del 30 de enero del mismo año”. (Del Busto, 2000).

Para el año 1790 se tiene noticias de corridas de toros con propósitos benéficos, las cuáles fueron promovidos por panaderos, plateros e indígenas, muchos de los cuales se llevaron a cabo en plazas de menor importancia, y aun se cerraban con barreras y tablados, las bocacalles y las avenidas. (Mendiburu, 1959), pero siempre bajo la autoridad del cabildo.

Las fiestas taurinas se daba al pregonar de las listas de toros en los días previos a cada corrida, se ponía los nombres de los toros, toreros y juez de la plaza; con respecto a los momentos previos a la faena, se afirma que el marqués de feria junto a los receptores y oficiales de vara daban vueltas en el coso para saludar al Virrey, seguidos de toreros, banderilleros, templadores, garrocheros, arlequines vestidos con variedad de colores, y provistos de desjarretaderas. Seguían figuras de muñecos vestidos de papel y con cohetes a su interior, emblemas de las armas del Rey y de la ciudad; luego los soldados hacían una serie de evoluciones y exhibiciones de figuras en forma de estrellas, triángulos, círculos, pentágonos. (Palma, 1959), (Atanasio, 1959). Incluido todo este espectáculo, recién se daba inicio a la faena de sangre y arena.

Las corridas en un inicio reproducían la tradición andaluza, extremeña, de a poco la afición fue introduciendo elementos andinos. El arte del capeo se hacía a caballo y era visto como la mayor de las diversiones de la plebe, asalariados y aun de personas de clase. Picaban toros con rejoncillos, pero también hubo picadores de vara larga o rejón, como en España, mas no agradó y dejó de empleárseles. (Mendiburu, 1959). Años más tarde se introdujo el toreo a pie.

“A partir de la segunda mitad del siglo XVIII empiezan a llegar toreros españoles de a pie, ya para entonces profesionales, aunque de baja categoría y sin oportunidades en su tierra, que se convirtieron en los precursores del arte del toreo en América” (Aramburú, 2002). Los émulos autóctonos extendieron el arte del toreo como una práctica de las clases populares y expresión del proceso de modernización.

Las faenas taurinas de ese entonces estaban rodeadas de boato y magnificencia, orillaban entre la seriedad y la hilaridad. Los toros llevaban exquisitas enjalmas, llenas de monedas, planchas de plata y estrellas en sus testas. Además, en las corridas de gran solemnidad muchas personas pudientes arrojaban monedas a la plaza para premiar la pericia de los toreros (Mendiburu, 1959). En contraste, a él asistía hasta el más miserable de los parroquianos.

Los pasajes de la corrida estaban acompañados de chistosadas que hacían matar de la risa (Pardo, 1959), de escenas dramáticas como los lances de mojarra: esperar al toro en el suelo echados o sentados, pero armados de rejones cortos para clavárselo a la fiera cuando este embista, suerte taurina en la que algunos morían en su empeño, por lo general indígenas previamente embriagados. Se afirma que los indios de Huarochirí fueron quienes lo hicieron en la plaza de Acho (Mendiburu, 1959).

“En medio de las corridas se servían dulces y comidas a cargo de vivanderas sonrientes, destacaban: causa, camarones, cebiche, escabeche, huevos duros, chicha de maní, chicha morada, aguardiente para brindar al son de música y explosión de cohetes” (Loayza, 1959). Asimismo, “se unía al algarazo una multitud de vendedores, heladeros, dulceros, fruteros, vendedores de agua, aguardiente, chorizos, jamón y flores” (Atanasio, 1959). Con la finalidad de que el pueblo goce y no haya quien deje de alborotarse con semejante diversión.

“Para los aficionados de la tauromaquia nada era suficiente, a pesar de que las funciones taurinas contaban con doce toros de muerte como ocurrió el año de 1869” (Portal, 1959). “Necesitaban mayores y fuertes emociones, si en la tarde taurina había sangre y golpes era lúcida, y si se producía un hecho de muerte ¡completa!, ¡soberbia!” (Atanasio, 1959). (Mendiburu, 1959). No obstante “el predominio de quienes promovían y alentaban lo taurino, existieron detractores, quienes catalogaban a la corrida de toros como un espectáculo brutal, salvaje e injustificable por el sentido de la razón” (Palma, 1959), hecho que demuestra que el ser humano se mueve dentro de un abanico de dimensiones, algunas veces contradictorias.

Incorporación y reinención de la corrida de toros en los Andes

En las tierras altas de los andes, la acentuada afición por la fiesta taurina responde a un proceso social de larga data, reproducen con cierto grado de fidelidad usos y costumbres de la madre patria, acompañan grandes acontecimientos de carácter religioso, hechos memorables, aniversarios políticos —al que incorporan escenas indígenas, dando como fruto un complejo sincretismo que resulta de la síntesis de lo nuevo y lo viejo. Las corridas desde su inicio contaron con la aceptación del público español, criollo e indígena; el período de las guerras civiles que ensangrentó a los conquistadores no impidió que las fiestas taurinas echaran raíces en el Perú. (Calmell, 1936).

El arte de la tauromaquia trajo gran atracción y brillo que debió deslumbrar a los quechuas desde que hubo “regocijos de toros”. “En Arequipa oficialmente las corridas de toros se introdujeron a partir de 1546 y permitidas en las festividades a partir de 10 de agosto de 1555, los cuales lograron gran fortuna, como en Lima”. (Mota, 1988). “En el Cusco se celebró corridas de toros el 15 de julio de 1560 en honor al Santo Patrón Santiago” (Mendiburu, 1987). De modo análogo ocurrió con motivo del bautizo de Sayri Tupac, Inca de Vilcabamba, los toreros llevaron “librea muy costosa” (Garcilaso, 1943). Las artes taurinas apasionaron muy pronto a los indios de todo el país, hubo afición taurina en amplia escala, sobre todo en los pueblos de alturas, quechuas y aymaras, al extremo que el cronista colonial criollo Ramos Gavilán ya podía contar el milagro de la Virgen de Copacabana, que habría salvado de la muerte a toreros indígenas, el primero de ellos en 1598 (Vega, 2000).

No sólo españoles y criollos eran aficionados a lidiar toros; cuenta el padre Cobo que estando en el Cusco por el año 1610 en unas fiestas públicas de la ciudad, salió un indio a la plaza con un caballo ricamente aderezado, a dar una lanzada a un toro, lo cual dio con un maravilloso brillo y destreza, causando admiración de todo el pueblo (López, 2000), lo que deja entrever que fue una excepción y debió tratarse de un indio de noble linaje.

La propagación de la tauromaquia se acentuaba conforme transcurría el tiempo, la Relación de la Fundación Real Audiencia del Cusco 1778 lo demuestra; Ignacio de Castro, rector del Colegio

Real del Cusco y cura de la parroquia de San Jerónimo, en su capítulo sobre fiestas, da cuenta de la forma en que esta Grande y Fidelísima Ciudad celebró este honor. Más adelante anota que no hay lugar, ángulo o rincón del Perú donde no se vean jugar toros con suma delicia, que hacen la más apreciable parte de sus más ruidosas fiestas; además de otros juegos con bueyes domesticados, mansos, en que ejercitaban los niños, cuyo espectáculo era para divertir al teatro con toda la sal y jocosidad (Castro, 1790).

La participación femenina en la arena taurina no fue ajena. En Huamanga, desde la batalla de Chupas, los “Morochucos” hacen su fiesta brava como los hacían sus ancestros en el siglo XVI, con el toro enjalnado, burladeros, con entrada de chalanes bien montados en briosos caballos. En otros pueblos las mujeres son lidiadoras, el paseo de cuadrilla lo hacen con faldas como para demostrar su sexo, y al iniciar la corrida se despojan de la falda y el pantalón corto, para demostrar su sangre torera (Sabogal, 1948). “Llegado el siglo XIII se apreciaba una creciente presencia de hombres de humilde condición social que toreaban a pie, lo cual fue configurando nuestro actual espectáculo taurino” (López, 2000). Es así que el nuevo arte se divulgó “entre los indios de las alturas, tal como ocurrió con los toreros de procedencia quechua Basilio Huaylas y Casimiro Cajapaico, quienes destacaron el arte del rejoneo a caballo en el tiempo de la independencia” (Vega, 2000).

La improvisación indígena fue profunda, se introdujeron nuevas formas que diluyeron la presencia del torero de procedencia española como la primera figura de la arena taurina, luego, el espectáculo de sangre y arena se transformó en juego y diversión, que en la literatura andina se conoce con el nombre de Yawar Fiesta o Toro Puqllay (Lira, 1982) y en donde no se da muerte al toro por ser considerado un tótem (Tapia, 1970).

De la señalado se desprende que las corridas de toros tuvieron la función de alimentar el culto cristiano, divertir, recaudar dinero para fines benéficos, igualar el espectro social conformado por españoles, indígenas y esclavos, y finalmente paliar y ablandar las tensiones sociales existentes (Muñoz, 1984).

En el Perú, las corridas de toros se implantaron en el período colonial, a la par de los acontecimientos políticos y acompañando la propagación de la fe cristiana, lo confirma el festejo taurino con motivo de la victoria de pizarristas frente a almagristas en la Batalla de Salinas en las proximidades del Cusco, el año 1538 (López, 2000), así como la corrida del 29 de marzo de 1540, el segundo día de Pascua de Resurrección de la fiesta de Epifanía, para celebrar la consagración de óleos hecha por el Obispo Fray Vicente Valverde (Calmell, 1936) (Mendiburu, 1959).

La conjunción de factores políticos y religiosos propició la diseminación de la cría de ganado vacuno en la Costa, luego en las praderas altoandinas, tal como ocurrió a partir de 1850, incrementándose el volumen de ganado vacuno procedente de Navarra e importado por los padres de la compañía de Jesús (Mota, 1988); el afianzamiento del poder español, la afición de los conquistadores por las corridas de toros, la implantación de los cabildos, la fascinación de indígenas por el festejo taurino, contribuyeron para que la afición torera se diseminara con relativa fortuna a lo largo del territorio nacional.

La presencia indígena en las corridas de toros data desde temprano, en el Cusco en 1610, el padre Cobo en una fiesta pública de la ciudad, vio salir a un indio a la plaza con un caballo ricamente aderezado a dar una lanzada a un toro (López, 2000); Asimismo, en la relación de la Fundación Real Audiencia del Cusco 1778, anota que no hay lugar, ángulo o rincón del Perú donde no se vean jugar toros con suma delicia, que hacen la más apreciable parte de sus más ruidosas fiestas; además de otros juegos con bueyes domesticados, mansos, en que ejercitaban los niños, cuyo espectáculo era para divertir al teatro con toda la sal y jocosidad (Castro, 1790).

Espanoles e indígenas en la historia taurina están presentes, no obstante, en el espacio andino y en las plazas de menor categoría, la corrida de toros sería, de moldes constantes, lentamente fue cambiando y transformándose, hasta adquirir personalidad propia; es decir, se pasa de la corrida de toros propiamente dicha, a la fiesta taurina con sus consiguientes variantes o tradiciones

regionales: los que mantienen el patrón de corrida española con matices locales, el Yawar Fiesta o Toro Puqllay con cóndor y las corridas taurino costumbristas o Toro Puqllay sin cóndor.

Los estudios sobre el fenómeno taurino andino privilegiaron el Yawar Fiesta o Toro Puqllay con cóndor; las primeras informaciones acerca de esta costumbre es la referencia registrada por Diego Gonzales Holguín en 1607, como “Camaycun Vaca”, encarar el toro y el halcón que picaba los ojos, el cual con el correr del tiempo, los aficionados terminaron por cambiar por un cóndor (Vega, 2000), hecho que guarda relación con lo anotado por Ignacio de Castro 1778 en la Relación de la Audiencia del Cusco, respecto de ser testigo de toros subyugados por corpulentos buitres que encarnizaban su corvo pico en el torso cerviguillo de la bestia indómita, más tarde narrado con gran realismo por Arguedas en la novela *Yawar Fiesta* en 1941.

A partir de una realidad imaginada, Arguedas presenta el turu puqllay o corrida de toros, como una fiesta, una de las más claras manifestaciones de la confrontación intercultural, dos realidades con múltiples interconexiones en una misma escena.

La corrida andina conocida como Toro Puqllay tiene una connotación de juego, diversión, se halla asociado al principio fertilizador. Las primeras referencias sobre su significado están consignadas en el léxico colonial: *Vocabulario de la Lengua General de todo el Perú llamada Lingua Quichua o del Inca*. Gonzáles Holguín: (1607–1852), quien traduce el término *Puqllachin*: *Toroc ima, ima, puna cactapas*, por lidiar toros u otros animales. Luego se hallaron referencias en léxicos contemporáneos. Lira (1982) afirma que Puhllay: Sy.u a Juego, acción de jugar, diversión, entretenimiento, recreación, movimiento combinado y articulado, visos cambiantes, deportes, neo carnavales, juego de carnaval, jugar, recrearse, divertirse, tomar parte en juego, hacer juego, hacer humorada, entregarse a pasatiempos, holgarse o expansionarse, moverse, ciertas cosas, haber cambiantes en la luz, jugar carnavales, carnavalearse.

En versiones contemporáneas, persiste el significado en sentido expansivo. Puqllay es traducido por todo género de fiesta para regocijarse; en cambio, Toro Puqllay = carnaval, constituye un hecho social, religioso y telúrico (Montoya, 1987).

Montoya (1980), a partir de una lectura comprensiva de la novela, intenta penetrar en el mundo silencioso que subyace a la vida social, descubrir los medios de su articulación; al relato otorga valor de testimonio, en medio de la ficción halla espacio para contar lo real, acercase a los problemas y aun penetrar en el universo simbólico. Plantea el Turu Puqllay en términos de una tarea civilizadora de los mistis respaldado por el gobierno, en relación con los indígenas, como la reafirmación de la identidad a través de las innumerables muestras de adhesión al gran toro mítico Misitu. Montoya (1980).

En cuanto a los actores, en el Turu Pukllay provienen de distintas dimensiones; el Misitu emerge del mundo de las profundidades; el cóndor, de lo cósmico; naturaleza, queñuales, el río negromayo, quebradas, animales y las inclemencias del clima: lluvias, tempestades, todos ellos son el marco general. Entretanto, el mundo social particular se halla dado por relaciones, evidentes, diluidas y a menudo ambiguas; mistis, indios, torero español, capeadores indígena, autoridades políticas del pueblo, representantes del gobierno, autoridades tradicionales, gentes de procedencia rural, extracción urbana y citadina, hombres, mujeres, ancianos, jóvenes y niños, se hallan en medio de un mundo cambiante.

La muerte del toro por un estallido de un cartucho de dinamita, si bien no se da lugar en la costumbre indígena, anota que Arguedas la inventa como un símbolo para expresar la revancha india contra la dominación española, idea que en parte considera cierta. Anota que en *Yawar Fiesta* se observa el esfuerzo de encontrar un modo de decir en español lo que los indios piensan en quechua, razón por la cual Arguedas se ve obligado a recrear el lenguaje. Por consiguiente, el mejor medio resulta la novela; consideramos que la forma como muere el toro encarna una gama de discursos, la comunicación entre colectividades de orígenes diferentes, entre colectividades de la propia sociedad, entre grupos interétnicos, de reconocer la propia cultura, de la búsqueda de

una interacción equilibrada que hacen posible la interculturalidad.

En el Toro Puqllay, cambios y transformaciones se dan en medio de contrastes; se pasa del toreo profesional, formalizado de a pie, al toreo de capeadores aficionados; del protagonismo individual representado por Ibarito, a la acción colectiva de los comuneros en el ruedo; la corrida local logra trascender la frontera regional, dinamizar la relación social de los grupos sociales y generacionales; distinguir y reafirmar las identidades, hacer visibles sus ambigüedades, y finalmente retrabajar el nuevo significado de su cambiante experiencia.

Finalmente, Arguedas en el discurso narrativo en la novela, subraya simbólicamente la confrontación desigual entre la elite terrateniente y los indígenas; sin embargo en el fondo, muestra que lo andino es un mundo diverso, un mosaico cultural y un modo remozado donde los grupos sociales representan sus identidades, negocian espacios sociales, reiteran sus afinidades, marcan distancias en medio del proceso de construcción de la relación social.

Gracias al simbolismo, la comparación metafórica y las interioridades del diálogo intercultural y una lectura comprensiva del Toro Puqllay se pueden lograr mayores aproximaciones.

En estudios posteriores, se reitera el contraste entre las corridas de toros de estilo español y el Yawar Fiesta építome de la corrida andina, que los actores son consciente de esta oposición binaria. Según Harvey (1997), Arguedas presenta la corrida de toros como un momento del aparentemente irresoluble dilema de la esperanza de una identidad nacional integrada; la corrida de toros genera una serie de tensiones, entre la tradición y la modernidad, el toro como el indio son sacrificados en un frenético espectáculo de dolor y obsesión, es decir, se funden en un diálogo entre los indígena y lo español.

El Yawar Fiesta es presentado como un comentario de la cultura, una representación ritual de las oposiciones que existen en la sociedad peruana y que los referentes simbólicos, el toro y el cóndor, representan a conjuntos humanos.

La corridas de toros tienen el propósito de generar sentido, en este caso, hallar el sentido distintivo de la identidad andina, lo español no se opone a lo indígena, es posible comprenderse a partir de la diferencia y que esta comunicación sea posible; se de el reconocimiento recíproco de lo indígena y español sin negarlo y aún abriendo espacio a la apertura y el cuestionamiento.

En realidades conexas como las corridas de toros en Ocongate, se evocan dos diferentes fuentes de poder; una española, encarnado en las autoridades locales que organizan las corridas con ocasión de las festividades del Estado, y otra no española, dominada por el paisaje animado y salvaje, diferencias que están reforzados en factores materiales, en el uso del lenguaje. No obstante estas diferencias, quienes encarnan a ambos poderes negocian posiciones sociales, prestigio, reconocimiento; si bien las corridas surgen de estas dos tradiciones, a través de la dualidad y las oposiciones el día mismo de la corrida se crea una sociedad temporal que resuelve el origen de la diferencia.

Corrida de toros en Ayaviri

En el altiplano de Puno las corridas de toros están estrechamente vinculadas con las festividades patronales; la fiesta taurina forma parte de buen número de festejos religiosos en honor a los santos patronos, imágenes marianas, fundamentalmente de quienes son reconocidos como patronos de matronas de las capitales de distrito y de provincia tal como en Orurillo, Nuñoa, Santa Rosa, Macarí, Umachiri, además como una de las formas expresivas de exaltación de la fiesta patronal y la religiosidad del pueblo.

En Ayaviri, capital de la provincia de Melgar del departamento de Puno, parte integrante del sur andino las corridas de toros se dan en el marco de la fiesta Patronal de la Santísima Virgen de Altagracia, Patrona del Pueblo de Ayaviri, escenario intercultural y expresión de identidad y tradición constituye la más importante de la provincia y la región altiplánica, representa la

religiosidad popular de los pobladores.

La estructura festiva, los cargos, días de fiesta son numerosos, están rodeados de una infinidad de detalles, ritmos, secuencias que lo hacen atractivo; el espíritu religioso, veneración y la fe del pueblo convoca a miles de almas que avivan la tradición y las costumbres en esta parte del altiplano.

El día central de la fiesta patronal se celebra el ocho de setiembre de cada año; la fiesta tiene una estructura y secuencia festiva, la estructura guarda una forma piramidal que revela la existencia de una jerarquía, cargo principal, de mayor reconocimiento, prestigio, gasto, actividades, hasta cargos poco elaborados que tienen un tiempo breve.

Los principales protagonistas son los carguyoq: del cargo o devotos, llamados alferado o alferez: del cargo, danzantes de k'ajcha: danza de pastores, hermandad de la Virgen de Altagracia, autoridades, instituciones públicas y privadas, comerciantes, músicos, conjuntos folklóricos, el pueblo en general, de otro lado, la comida, bebida y el toro.

Oficialmente la fiesta patronal se inicia a mediados del mes de agosto con las misas de novena y concluye el último día del mes de setiembre, no obstante, el calendario festivo, el ciclo ritual se renueva incesantemente a lo largo del año con una colección de eventos que garantizan su continuidad y transformación, tiene su inicio con la bajada de la Virgen el 22 de agosto de cada año.

Para el caso de Ayaviri, las referencias que demuestran las tempranas relaciones existentes entre la fiesta patronal y la corrida de toros, se hallan consignadas en el destacable trabajo "La patrona del Pueblo". Tapia (1970), el estudioso señala: "se cuenta, que en el siglo pasado y en varias oportunidades se dieron corridas de toros"; en referencia al siglo XIX, de la información que proporciona se desprende que las corridas se iniciaron en los primeros años de la presencia española, se extendieron junto a la consolidación del poder español, la propagación de la fe católica y las ideas religiosas que terminaron alentando las festividades patronales, la insurgencia de la naciente ganadería de ganado vacuno, la conformación de extensas haciendas ganaderas y la insurgencia del poder terrateniente. Los datos que confirmarían esta aserción son: la construcción de la iglesia de Ayaviri, entre los años 1677 y 1696; la existencia de las iglesias en las localidades de Umachiri, LLalli, Macari, Cupi y Orurillo para el año de 1678, la existencia de haciendas ganaderas de propiedad de particulares y la iglesia, para el año de 1653 (Ramos, 2001). Más tarde, el hecho de que Ayaviri aparezca como repartimiento encomendado el año de 1772, es decir las corridas de toros se habrían instaurado en el último tercio del siglo XVII.

Las corridas de toros acompañaron el cambio de las advocaciones y el festejo de las fiestas patronales más importantes: San Francisco de Asís, cuyo nombre lleva la Basílica catedral, la Purificación de la Virgen de Candelaria y la Virgen de Altagracia, hija de la Virgen María, culto que probablemente comienza en los siguientes años a 1750. (Tapia, 1970). Los festejos taurinos desde estas fechas y con algunos periodos de interrupción hasta la actualidad vienen continuando, casi siempre en honor a los santos patronos e imágenes marianas en la marco de la fiesta patronal que se celebra en su nombre.

A parir de los inicios de la fiesta taurina que posiblemente se dieron en el último tercio del siglo XVII y hasta la actualidad, se ha logrado identificar tres etapas, la primera denominada, festejos taurinos del periodo colonial, la segunda, de expansión y consolidación del poder terrateniente y la tercera etapa denominada de mixtura y compenetración con el mundo indígena.

Los festejos taurinos desde los primeros tiempos hasta la fecha se han realizado en tres escenarios, el primero en la Plaza Mayor que luego pasó a denominarse de Plaza de Armas, al pie de la Basílica Catedral hasta entrado el año de 1921, sobre un cuadrilátero de 60 metros de perímetro, los palcos cubrían tres lados y el otro formado por el muro de piedra labrada que hace de frentera de la iglesia, que quedaba libre para los espectadores sin palcos y no se cobraba centavo alguno.

El segundo escenario tuvo lugar en la Plaza San Francisco de Asís desde el año de 1923 hasta 1968, el cual se ubica en la parte posterior de la catedral, en un cuadrilátero de 267 a 281 metros de perímetro.

Llegado el año de 1969 la corrida de toros se traslada al lugar denominado moya o vertedero de ganado, que conforma una depresión y tiene la forma de casco prusiano, se halla ubicado al pie del pueblo, espacio en el que actualmente la fiesta taurina viene realizándose en forma regular.

Tapia (1970) refiere que los feligreses de la parroquia tomaban cargos y en varias oportunidades se dieron corridas de toros en la plaza principal que las cofradías eran los principales aliados para propagarla a través del sistema de cargos, además estas disponían de haciendas ganaderas (Ramos, 1970), (Tacca, 1995).

Llegado el período de la República, se consolidan las haciendas y el poder de los terratenientes. Se afirma que en la centuria anterior XIX y primeras décadas del XX, era obligación de carácter ineludible aceptar un cargo a fin de que la fiesta mantenga perenne y no disminuya su prestancia. Los importantes vecinos de la localidad, criollos, mestizos, comerciantes o campesinos, pequeños propietarios de tierras y ganados estaban compelidos a aceptar y cumplirlo de acuerdo con las costumbres, muchos de los cuales han quedado en la pobreza; sin embargo, nunca perdieron la fe y la esperanza de que la Santísima Virgen milagrosa les devolviera con creces todos los sacrificios soportados en homenaje a ella. Se conoce que fueron campesinos residentes de los varios ayllus que conforman Ayaviri –Condormilla bajo, Condormilla alto, Pacobamba bajo, Pacobamba alto, Umasuyo alto, Umasuyo bajo, Sunimarca, Huacrani, Piruani- que se estableció la alternabilidad en los cargos, pero una vez cumplido el ciclo daban también oportunidad a los moradores del pueblo, por consiguiente casi ninguno de los vecinos podía substraer de asumir los cargos (Tapia, 1970).

En 1922 se presentó un hecho extraordinario, hubo simultáneamente dos corridas, uno en la Plaza San Francisco y otra en la plazoleta Felipe Santiago Castro plazoleta de menor jerarquía, los aficionados a la tauromaquia iban y venían de un lado a otro por la cercanía de los eventos, la calidad de los toros, además el hecho de movilizarse era por sí mismo un espectáculo. Se conoce que la organización de ambas corridas respondieron a las disputas de los grupos de poder por el control social, prestigio y manejo de los recursos económicos que se recaudan por concepto de la venta de los sitios para la construcción de los palcos; este hecho, sin duda, constituye una clara muestra del protagonismo y poder de los terratenientes, toda vez que los festejos taurinos constituían una de las principales diversiones, fuente de movilidad social, prestigio, reconocimiento y poder.

El prestigio y el reconocimiento de los terratenientes se exteriorizaron a través de una colección de expresiones que denotan el poder económico, status y de los vínculos sociales, la actividad ocupacional y aún la fuerza expresiva de los afectos colectivos, de modo que Ayaviri se constituyó en la tierra de los doctores, magistrados honorables, abogados, de las notables y principales familias, vecino principal y notable, comerciante y propietario ganadero, propietario vecino, propietario ganadero, vecino principal, criador de toros bravos y hacendados, denominaciones que fueron diluyéndose con el paso del tiempo y el advenimiento de la modernidad y en particular con el cambio de la tenencia de la propiedad de la tierra con la dación de la Ley de Reforma Agraria implantada en el Gobierno del general Juan Velasco Alvarado.

Aparejado al mayor nivel de integración de Ayaviri con sus distritos y espacios más amplios Juliaca, Sicuani, Cusco, Arequipa, Lima, la construcción de carreteras a las capitales de distrito de la Provincia de Melgar por los años treinta, la aparición de ferias comerciales de un día a la semana llamado *qato* a partir de los años sesenta, el auge de la Reforma Educativa, el aumento de la población, la migración interna, el rostro y la composición social de Ayaviri fue cambiando, los señores de la tierra o terratenientes de a poco dejaron de ser los principales protagonistas de las fiestas taurinas, sus haciendas y ganado en parte fue afectado por la Ley de Reforma Agraria, las relaciones sociales en las zonas rurales dieron un vuelco significativo, el modelo de la cría de

ganado vacuno fue cambiando, factores que tuvieron una serie de impactos en las corridas de toros.

Los cargos de alferados, entre ellos el de torero, se tornaron cada vez más onerosos, el número de asistentes a los banquetes y agasajos aumentaron, los recursos de un solo jefe de familia resultaron insuficientes para cubrir los gastos; frente a estas dificultades y escasez de recursos, los alferados idearon estrategias novedosas, los cargos pasaron a ser asumidos por varios miembros de una familia, aparecieron como nuevos alferados unidades corporativas, instituciones públicas y privadas, Municipalidad, Policía, Poder Judicial, empresas asociativas, cooperativas de producción agropecuaria, firmas comerciales, clubes sociales, deportivos, colegios nacionales, privados entre otros, cambios que se fueron produciendo a partir de los años de 1960 para adelante; de este modo, hacendados, pequeños y medianos propietarios fueron perdiendo poder y prestigio.

Las corridas de toros en Ayaviri son consideradas tradicionales. (Tapia, 1970) provee rica información, expresa que al toro no se le mata, algunas veces se coloca banderillas sin gancho, debido a que los animales salvajes o domésticos no deben sufrir, si esto ocurre, gimen, lloran y “*ñaqan*”: maldicen en represalia; en esta plaza de toros se lleva ex profeso toros mataderos para la lidia, finalmente anota que las corridas de toros a la usanza ayavireña, son típicas y únicas por su colorido, las hay parecidas en otros lugares del país, pero en esta se conservan en toda su integridad, con los aportes hispano e indígena y es una expresión de mestizaje costumbrista y folklórico de alto nivel.

En efecto, en gran parte de las capitales de distrito de la Provincia de Melgar y del área de influencia de la tauromaquia en el ámbito del altiplano puneño, las corridas de toros se desarrollaban bajo estos moldes, pero guardando serias distancias en relación con el exquisito grado de elaboración, tal como ocurre en Ayaviri; no obstante, en algunos distritos como Nuñoa, Santa Rosa, con fuerte presencia terrateniente, prominentes hombres de negocios ligados al comercio de lana, cría de ganado vacuno, en sus respectivas capitales de distrito erigieron cosos de toros con dimensiones reglamentarias en reemplazo de los palcos y talanqueras que conformaban los cosos en las plazas y plazoleta de los pueblos; estos nuevos escenarios fueron la expresión de nuevos aires en el mundo de la tauromaquia y de modernas formas de organizar las corridas de toros, entre los cambios más notorios está el hecho que se dejaron de liderar toros cerreros sin casta como en antaño, los toros mataderos dejaron de ser los principales protagonistas, los toros cuneros o puneros es decir sin casta fueron remplazados por toros de lidia de media casta, los aficionados a la capea dejaron de ser protagonistas, los toreros de raigambre indígena fueron reemplazados por toreros profesionales venidos de la capital Lima y del extranjero, Colombia, Venezuela, México. Cada uno de estos factores y otros en conjunto influenciaron en los cambios que se han venido produciendo en la corrida de toros melgarina y en especial de Ayaviri, pero, pese a este y otros cambios que se irán exponiendo las tardes taurinas, sin lugar a dudas, puede ser siendo catalogado como corridas taurino costumbristas o Toro Puqllay sin Cóndor, donde el protagonismo mayor en la costumbre lo tienen los sectores populares emergentes que resultan de la migración interna que se ha producido en el altiplano, y de otro lado, los factores externos que alientan la integración.

La organización de la corrida de toros desde sus inicios estuvo a cargo de los devotos del cargo de alferado, llamado torero, en otros términos de la persona, familia o unidad corporativa que asume el cargo de Torero, estos son quien o quienes tenían y aún tienen la responsabilidad de presentar la tarde taurina, el día once, doce y trece de setiembre, es decir cada tarde taurina tiene un alferado o pasante del cargo, situación al que denominaremos ideal; no obstante, ocurre que en algunos años existen devotos del cargo de torero solo para la primera tarde taurina, en otros casos para dos tardes taurinas y eventualmente no hay devotos del cargo para ninguna de las tres tardes taurinas; frente a estas dificultades, surgen las juntas de toreros a semejanza de un comité de emergencia que se encarga de organizar la tarde taurina; la junta de toreros regularmente organiza una sola tarde taurina, por consiguiente cuando no hay devotos del cargo para ninguna de las

tardés taurinas, éstas están a cargo de la junta de toreros, cada junta se hace cargo de una tarde taurina, sin embargo queda abierta la posibilidad que una sola junta de toreros logre organizar las tres tardés taurinas en caso extremo.

Los alferados o devotos del cargo, en el presente caso, los pasantes del cargo de Torero, se muestran como fervorosos practicantes de la fe cristiana, fieles de la iglesia católica y en la fe de Cristo, entretanto los integrantes de la junta de toreros, lo conforman fieles de la iglesia católica, ciudadanos que han logrado el orden social pleno, están afianzados en la actividad productiva, cuentan con reconocimiento en el concierto social y son grandes aficionados a la corrida de toros; en otros términos, la junta de toreros es un conglomerado social que se activa en función del propósito; es decir, de los momentos de peligro, conmoción que ponen en peligro la continuidad de las tradicionales tardés taurinas a la usanza ayavireña.

En estos últimos tres lustros la Hermandad de la Virgen de Altagracia asociación de derecho civil conformado por exalferados o pasantes de los cargos religiosos han logrado constituirse en los guardianes de la tradición y vienen cobrando protagonismo. En relación con la corrida de toros, establecen coordinaciones, se encargan de la repartición de los sitios para la construcción de los palcos que luego conformarán el coso de toros, recaudan los recursos por la venta de los sitios, establecen la incorporación y depuración de las personas en los listados que señalan quienes tienen derecho o no a la construcción del palco en base a las imposiciones que establece el sistema de cargos.

El estudio de mayor alcance corresponde a: Murguía (2011) por la extensión y matización de la descripción, colección de detalles, hallazgos insospechados e interpretación; así tenemos la relación existente entre ganadería y fiesta turina, preparativos del fasto taurino, toreros y capeadores, preparativos de la entrada de toreros, secuencia festiva, desenlace de la tarde taurina, fiesta brava y el juego de los toros, descripciones acerca del motivo taúrico en la representación cultural, los hombres y el toro, el toro en el imaginario, la figura del toro en la mitología andina, toro encantado, toro en la interpretación andina, toro y origen seminal, toro y los santos patronos, toro y el fuego, toro y las canciones, poemas taurinos, finalmente el toro y la hilaridad.

A la luz de los hallazgos el toro puqllay o jugando con los toros en la localidad de Ayaviri expresa que la sociedad ganadera cual entidad social alberga diversos agrupamientos humanos, destacan indígenas y mestizos; en la actualidad los indígenas de ayer constituyen lo mestizo de hoy, entretanto los mestizos de ayer diluyeron su figura y presencia, sin embargo recobran los emblemas y el status ni bien restablecen su posición en la pirámide social.

Ambos grupos sociales están ligados al manejo de la tierra, la producción agropecuaria a pequeña y mediana escala, en otros casos articulados a la burocracia estatal, el comercio y poder público del cual provienen parte de los recursos sociales y afectivos que garantizan el arraigo emocional y social.

La participación de los grupos sociales a través de los alferados, entre ellos “torero” en el sistema de cargos es central, de un lado conforman el cuerpo de guardianes de la tradición, tienen como función reproducir usos y costumbres en el marco de la tradición a la “usanza ayavireña”; del otro lado constituyen los interlocutores válidos dado que señalan, orientan pasos, procedimientos, secuencias, modos de actuar y proceder en situaciones festivas, rituales y aún de rutina. A la vez proporcionan vínculos para relacionarse con actores e instancias supralocales gracias al poder de sus vínculos, redes familiares, comerciales, estamentales puesto que a partir de estas correas de transmisión logran acceder al mayor flujo de información, luego hacer efectivo la toma de decisiones en tanto están dotados de sapiencia, conocimiento, experiencia y prudencia.

De regreso al fasto taurino, en su interior se advierte que los indígenas de ayer y mestizos de hoy disponen de elaborados marcos cognitivos acerca del conocimiento del comportamiento del ganado de lidia, el arte de la tauromaquia dado la acentuada afición por la fiesta taurina en tanto constituye uno de los mayores regocijos y centro de aprendizaje de las poblaciones cordilleranas.

En la sociedad ganadera tal es la compenetración con el toro que no se limitan a apasentar y criar al ganado, también alimentan la espiritualidad de la bestia indómita, en este sentido alientan la libertad, por tal motivo el ganado bravo es arrojado a espacios amplios y abiertos. No obstante, quienes se dedican al pastoreo empeñan esfuerzo e imaginación creadora para establecer una relación dialógica con las reses; con la continua presencia hacen todo lo posible para ser reconocidos por el tono de su voz, gestos y el olor de sus cuerpos, dado que sólo así es posible aproximar el orden de la cultura al orden de lo salvaje o viceversa.

En el incesante ir y devenir, el conocimiento de la sociedad ganadera no circunscribe al ganado; trasciende fronteras. De un lado provee rica información respecto a la trama de relaciones que entretejen al interior del fasto taurino, la forma cómo las colectividades establecen el marco para expresar acciones significativas e instaurar el potencial estructurador de lo profano y sagrado. Así, la corrida de toros constituye la imagen espejo de la estructura étnica, social y estamental, lo mestizo e indígena están presentes al unísono, corren por una misma cuerda a través de hilos distintos, pero al fin conforman una urdimbre única de rica significación en el marco de las pautas de la tradición y cosmovisión de los pobladores.

En esta trayectoria lo mestizo descolla; en contraste, lo indígena otorga colorido no obstante provee todo aquello que es sustantivo, toros, recursos provenientes de la madre naturaleza; la prevalencia mestizo se halla presente, destaca y aún es omnipresente en momentos importantes y trascendentes, su mera presencia insiste en la necesidad de reconocimiento dado que mantiene el prestigio gracias al poder de sus vínculos, refinamiento, instrucción y la forma de conducirse en el concierto social, la postura, acciones y decisiones que asume producen efectos cual directores de la orquesta social dado que muestran iniciativa, rompen y abren fronteras para el encuentro y diálogo entre distintas identidades y colectividades. Por el contrario, lo indígena es relegado a lo local e íntimo de la expresión cultural, la actuación es destinada a mantener los esencialismos, las raíces genuinas de la tradición, no obstante son iniciadores imperceptibles y promotores del cambio y nuevas orientaciones.

En el marco de la fiesta patronal, la corrida de toros va más allá de lo taurino, constituye una polifonía de voces, gestos, palabras, articulados a un proceso largo, incesante y continuo de creación y recreación a ritmos indistintos, por tal no resulta extraño la coexistencia de regularidades, inconsistencias, prolongaciones, retrospectivas y logros como la vida misma.

A la vez el fasto taurino constituye una imagen espejo de la estructura de la sociedad ganadera, advierte la existencia de una jerarquía que se hace nítida y asienta la diferencias y distancias sociales; en contraste congrega a quienes pretenden sentirse menos diferentes. El papel de los personajes en la escena taurina lo demuestra, el pasante del cargo “Torero” ubica en la cúspide social y de la jerarquía de cargos, en consecuencia constituye el portador de los emblemas de mayor status, reconocimiento en la sociedad; de distintivo porta un lazo de arriero que cruza el pecho y dorso el cual se halla finamente trenzado con hebras de cuero de vacuno, debajo de este y cubriendo el medio dorso va una enjalma confeccionado en tela tafetán el cual lleva rapacejos con hilos color oro o plata, sobre este el motivo pictórico taurino.

También revela el modo de cómo aproximar en ocasiones de fasto al entorno que lo rodea, la naturaleza, fuerzas invisibles y los hombres, dado que esta conjunción en la tradición (permanente actualización entre lo nuevo y lo viejo) todo ha sido experimentado, captado por los sentidos, por tal no resulta extraño que en la estética predomine la diversidad y se instaure como patrón general. Lo demuestra la conjunción de imágenes, Virgen, iglesia, el pueblo, toros, danzantes de k’ajcha (danza de pastores), alferados o pasantes de cargo, “torerazgo o torero”, pasante del cargo de fiesta taurina y una infinidad de distintivos que en conjunto condensan y exteriorizan los valores predominantes de la sociedad ganadera, destacan honor, coraje y solidaridad, entre otros.

En este campo el pasante del cargo llamado “Torero” es quien tiene función de guía, a la vez fuente de inspiración de los agrupamientos sociales, dado que es reconocido por la capacidad

de movilizar recursos materiales, afectivos, sociales y simbólicos; sin embargo no es el único, coparticipan con quienes conforman la otra parte, indígenas a menudo imperceptibles; sin embargo este punto de encuentro da lugar a que ambas partes logren dimensión social, es decir general, dado que lo social solo puede ser percibido como totalidad.

Entendido así, los diálogos entre colectivos y segmentos sociales parecen mostrarse sueltos, abiertos y poco estructurados, en otros casos librados a la espontaneidad. Sin embargo, resulta que la interlocución entre las partes se desarrolla bajo pautas de la cultura y la tradición; no obstante, en este curso, dimensiones del tiempo, espacio, imposiciones, acuerdos, disputas confluyen; quiere decir que los elementos no estructurados no desaparecen de la escena, por el contrario integran nuevas formas y lo hacen a ritmos y modos distintos; al fin constituye la fuente de la riqueza expresiva dado que en él configuran parte de las nuevas formaciones culturales.

Así, Toro Puqllay: jugando con los toros está destinado a convocar, acercar y reencontrar a los protagonistas que conforman el tejido social y humano de la sociedad ganadera, soldar lazos sociales en medio del interaprendizaje, diálogo entre quienes coparticipan; seguido de promover la existencia de una realidad nueva en concordancia con los tiempos contemporáneos, hallar espacios de reconocimiento y todo aquello que permita hacerlos profundamente cordilleranos.

Finalmente, la confluencia de diálogos en la corrida de toros está orientada a crear relaciones permanentes y heterogéneas, unificar, cooperar y extenderse de modo productivo y humano.

Conclusiones

La corrida de toros en tanto institución social y elaboración cultural, desde su implantación por los ibéricos en los Andes mantiene líneas de continuidad y al mismo tiempo viene transformando y configurando un nuevo paisaje cultural signado por la diversidad, la pluralidad, la diferencia y la permanente resignificación, lo cual la hace atractivo y perdurable.

La corrida de toros denominado Toro Puqllay: jugando con los toros, en la sociedad ganadera del altipampa forma parte indisoluble de las fiestas patronales y con ello expresa la vitalidad productiva de lo popular. A la vez advierte la existencia de una realidad jerarquizada y multiforme en constante proceso de ebullición y transformación, donde los terratenientes de ayer van cediendo paso al protagonismo de los indígenas de ayer y mestizos de hoy.

La corrida en el altiplano puneño es un campo importante de significaciones donde los distintos grupos sociales que conforman la urdimbre social ganadera aprenden a leer las situaciones sociales. En otro sentido otorgan cátedra social acerca de los comportamientos, discursos y acontecimientos sociales y culturales.

Referencias

- Aramburu, R. (2002). Las corridas de toros en el Perú ¿Son un espectáculo popular? *Quehacer*(139), 6.
- Atanasio, M. (1959). *Corridos de toros*. Recuperado de [www.urg.es: http://www.urg.es/~pwlac/G19_30Carlo_Bonfiglioli.html](http://www.urg.es/~pwlac/G19_30Carlo_Bonfiglioli.html)
- Bouroncle, A. (2000). *The politics of symbolic negotiation: Tauromachy and the making of Spain*. Goteborg University: Ed. Sweden.
- Calmell, J. (1936). *Historia taurina del Perú*. Lima: Ed. Taurina del Perú.
- Caro, J. (1984). *El estio festivo (fiestas populares de verano)*. Madrid: Ed. Taurus.
- Carpio, J. (2011). *Surco, pasión y gloria del chacarero arequipeño y sus peleas*. Ed. Unión de cervecerías peruanas Backus Johnston.
- Castro, I. (1790). Relación del Cuzco. En *Colección Documental de la Independencia del Perú* (Tomo II ed., Vol. 1, págs. 149-330). Lima.

- Cossío, J. (1951). *Los toros*. Madrid: Ed. Espasa.
- Del Busto, J. (diciembre de 2000). Plaza de Acho, toreros negros y toreros bravos. *Revista COPE*, 10(15).
- Garcilazo de la Vega, I. (1943). *Comentarios reales*. Lima: Ed. Emecé.
- Goicohea, A. (1966). *Tauromaquia andina*. Madrid: Ed. Cultura hispánica.
- Harvey, P. (1997). *Jugando por la Identidad y la Tradición. Las Corridos de toros en el sur andino*. Cusco: Ed. CBC.
- Lira, J. (1982). *Diccionario Kechuwa-Español*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Loayza, L. (1959). *Tardes de Acho*. Lima: Ed. Antológica concejo provincial de Lima.
- López, H. (2000). *Inicios de la tauromaquia en el Perú*.
- Mendiburu, M. (1959). *Corridos de toros*. Lima: Ed. Antológica.
- Miroquesada, A. (2000). *Estampas antiguas de la plaza de Acho*.
- Montoya, L. (1987). *Canción quechua, Historia y Región en las Provincias Altas del Sur Andino*. (Tesis de doctorado, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima).
- Montoya, R. (junio de 1980). Yawar fiesta: Una lectura antropológica. *Revista de crítica literaria Latinoamericana*, 14.
- Motta, E. (1988). El astero de Plata. *Antropológica*(6).
- Muñoz, F. (1984). *Cultura popular, el turu puqllay: corrida de toros con cóndor* (Tesis de bachiller, Pontificia Universidad Católica del Perú PUCP, Lima).
- Murguía, L. (2011). *Toro Puqllay Escenario de Diálogo Intercultural* (tesis de maestría, PUCP, Lima).
- palma, C. (1959). *Loa de la brutalidad humana folclore festival de Lima VIII*. Lima: Ed. Antológica.
- Pardo, F. (1959). *Corrida de toros*. Lima: Ed. Antológica.
- Portal, I. (1959). *El chancayano*. Lima: Ed. Antológica.
- Ramos, A. (2001). *Bocetos históricos de la provincia de Melgar*. Arequipa: Ed. Insumos gráficos y Dasur's Graff.
- Ramos, J. (octubre de 1970). Las corridas en la fiesta patronal de Santa Rosa. *Revista de la escuela pre vocacional de varones N° 863 Santa Rosa*, 6.
- Sabogal, J. (1948). *El toro en las artes populares del Perú*. Lima: Ed. Instituto de arte peruano.
- Shubert, A. (2002). *A las cinco de la tarde: Una historia social de torero*. Madrid: Ed. Lengua castellana.
- Tacca, V. (octubre de 1995). Municipalidad distrital de villa de Orurillo más allá de los 116 años. *Revista cultural Ayaviri*, año 3(3), 8.
- Tapia, F. (1970). *La patrona del pueblo*. Lima: Ed. Imprenta y litografía salesiana.
- Vega, J. (2000). *La tauromaquia andina*. La república.